

Nuevos valores emergentes

Francisco J. García Lozano

cine

Para la mayoría de los espectadores, la figura de Ken Loach va siempre asociada a un tipo de cine de temática social y por ello a los dramas que acompañan la vida de los trabajadores. En su última película, En un mundo libre, nos relata la situación de una mujer emprendedora que trabaja en una empresa de empleo temporal especializada en llevar a Gran Bretaña trabajadores del Este, que al quedarse en paro decide ella misma fundar su propia empresa. Dos virtudes se pueden encontrar en la película: la primera es el punto de vista del que parte; la segunda es la radiografía que hace de los valores que van desapareciendo y emergiendo en la nueva sociedad globalizada.

Un cineasta como Ken Loach está siempre asociado al cine de temática social. Desde sus comienzos en la BBC siempre marcó un estilo muy personal basado en el realismo social de tendencia socialista ligado a su militancia trotskista. Heredero inequívoco de las principales tendencias de cine realista europeo permanece, aún hoy, como fiel cronista de los traumas que ocasionan en los seres humanos la vida en las ciudades industriales, a pesar de los avances tecnológicos, y las disfunciones derivadas de ésta: infancias inestables, familias rotas...

Es difícil encontrar películas con tanta voluntad de autoría, atmósfera y personalidad reconocibles como el cine de Loach. El gobierno de Margaret Thatcher (1979-1991) marcará un antes y un después en su carrera cinematográfica (Channel Four prohibirá sus

documentales «A Question of Leadership», donde hacía una ácida crítica del tatcherismo, filmando en esta década tan sólo dos películas). En los años noventa con los cambios políticos, su carrera se revitaliza y es donde vienen sus aportaciones más importantes, volcando toda su ideología izquierdista-trotskyista en relatos sociales concretos. *Riff-Raff* (1991), *Lloviendo piedras* (1993), *Ladybird, Ladybird* (1994) o *Mi nombre es Joe* (1998) donde retrataba los estragos del paro sobre

*Angie, tras ser despedida,
se ve en el paro, sin dinero y
con un hijo a su cargo al que
apenas ve; ante esta situación
consigue convencer a su
compañera de piso para
montar un negocio propio de
contratación de inmigrantes*

los que habían perdido toda esperanza de volver a encontrar uno, forman parte de esos lugares comunes a los que tanto gusta volver Loach.

Quizá el referente más cercano en tiempo y temática al film que comentamos sea *Pan y rosas* (2000), donde centraba su discurso en la inmigración ilegal y la explotación de trabajadores sin papeles a través del caso específico de la comunidad latina de Los Ángeles.

En esta ocasión Loach vuelve al terreno que mejor conoce, los dramas sociales, tras su *El viento que agita la cebada* (2006) en que proponía una vuelta al pasado para explicar los motivos de la génesis del Ejército Republicano de Irlanda, desde una perspectiva bastante maniquea. En ésta, *En un mundo libre*, Loach, por tanto, no difiere mucho de sus formas y fondos habituales. Angie (la debutante Kierston Wareing, una de las mejores bazas de la película), emprendedora mujer que trabaja en una empresa de empleo temporal especializada en llevar a Gran Bretaña trabajadores del Este, tras ser despedida, se ve en el paro, sin dinero y con un hijo a su cargo al que apenas ve. Ante esta situación y con la experiencia adquirida, Angie consigue convencer a su compañera de piso para montar un negocio propio de contratación de inmigrantes, sin embargo, las cosas no resultan tan sencillas como en un principio parecían.

A partir de esta premisa Loach va hilvanando distintas subtramas que nos van aproximando a la degradación moral de la protagonista, siendo esto lo más interesante de la película. Una vez más, Loach intenta ser fiel a una realidad global presente en Europa, ese «mundo libre», minada por la problemática de la inmigración, los contratos ilegales, la corrupción y el capitalismo salvaje.

Loach vuelve a repetir con Paul Laverty como guionista tras haber tra-

bajado juntos ya en seis películas. La primera virtud que podemos reconocer a la película es el punto de vista del que parte; un punto de vista intermedio, una persona normal y corriente, Angie, que decide hacer de intermediaria entre empresarios dispuestos a contratar trabajadores inmigrantes con o sin papeles y los inmigrantes que aceptan, dada su situación de indefensión, lo que les den. De esta manera Loach consigue evitar el maniqueísmo propio en el que incurre a veces, centrándose en las dimensiones estructurales del problema.

La segunda virtud a reconocer en el film es la radiografía que hace de los valores que van desapareciendo y de los nuevos que van surgiendo. En este caso, los valores que van desapareciendo recaen sobre la figura del padre de Angie, Geoff (un excepcional, como siempre, Colin Coughlin). Su padre encarna la preocupación por los valores en los que se ha educado, que ha intentado e intenta inculcar en su hija, y que paulatinamente ve que van desapareciendo. Encarnación de unos valores donde la moralidad, incluso en el ámbito laboral, incluía unos deberes hacia los demás, deberes que incluían cosas tales como prestar ayuda, y las prohibiciones de hacer daño, de matar, de coaccionar y de engañar.

En el «mundo libre» en el que se encuentra Angie, es un mundo en el que el sistema acaba quebrantando la

voluntad y los principios incluso de los mejor intencionados. Las normas éticas que en otros tiempos se consideraban intrínsecas no resisten muy bien los embates de un mercado cada vez más deshumanizado. Preguntas como «¿por qué ser moral?» carecen

*Loach continúa reclamando
esa «expectativa utópica»
donde la idea del trabajo
pueda ser perfeccionada
y donde el ser humano pueda
llegar a ser más sí mismo a
través de su trabajo*

de fundamento, cuando el único criterio a aplicar es la supervivencia.

De esta manera *En un mundo libre* es un retrato bastante fiel de la situación laboral de los inmigrantes tanto del Reino Unido como en buena parte de Europa, donde las empresas de trabajo temporal y la sociedad en general, se aprovecha de la situación de los individuos en beneficio propio y de cómo el sistema puede convertir a la víctima en verdugo. Nuestro triángulo en torno a los valores lo cierra el hijo de la protagonista, la generación perdida, que se encuentra entre el esfuerzo de los abuelos por inculcarle una educación basada en sus valores,

esto es, la honestidad, la responsabilidad, el respeto... y la sobreexposición a la violencia y a un ambiente hostil que junto con la falta de referencia de un padre y la ausencia de su madre comienzan a hacer mella en un comportamiento social agresivo.

Estas nuevas realidades sociales públicas y sus consecuencias privadas, que disecciona Loach, son las consecuencias de una progresiva degradación de aquello que en su momento se denominó sociedad de bienestar. La película nos deja caer cómo la mayor tarea consistirá en construir un escenario adecuado para gobernar lo mundial, con un claro protagonismo e implicación de políticas nacionales. Una globalización económica autónoma, sin controles políticos y éticos, genera esos caldos de cultivo, que muestra transversalmente Loach, de ghettos o simulacros de ciudad en parques de caravanas donde las personas son utilizadas como animales y vulneradas socialmente. De ahí la necesidad de adquirir compromisos, tanto a nivel de la Administración como del sector empresarial, donde el acceso al mercado laboral en condiciones de legalidad y visibilidad sea lo prioritario, evitando de esta manera transmutar los fines en medios.

Ubicar estas nuevas formas de trabajo dentro de la esfera política es uno de los retos que propone Loach en su película, aspecto que ya acentuó Aristóteles o Tomás de Aquino hasta A. Gehlen o H. Arendt, no sin ver todos ellos que el trabajo es tanto un potencial de perfección como de destrucción, la bendición o la maldición del *homo faber*.

Este es el mundo libre y globalizado que nos rodea y que en muchas ocasiones somos incapaces de ver o que no queremos ver, de ahí que las películas de Loach creen incomodidad en las conciencias bienpensantes. Loach continúa reclamando esa *expectativa utópica* de la que hablaba Marx donde la idea del trabajo pueda ser perfeccionada y donde el ser humano pueda llegar a ser más sí mismo a través de su trabajo. No es la película más brillante y redonda del director (su alejamiento final del género social para insertarse dentro de registros más cercanos al *thriller* van en detrimento de su credibilidad), sin embargo, sigue siendo un retrato necesario de un mundo en el que ese tipo de trabajos se ha convertido ya en algo fijo, estructural, absorbido por el sistema, quedando ciertos empleos sólo en manos de inmigrantes. ■